



APARTA DE TUS OJOS...

Cruzález
MARIA DEL SOCORRO DE TINOCO

Aparta de tus ojos...

— NOVELA —



EDITORIAL TREJOS HNOS.
SAN JOSÉ, COSTA RICA

1947

A la Virgen María

Aparte de tus ojos la nube perfumada
Que el resplandor nos vela que tu semblante da,
Y tiéndenos, María, tu maternal mirada,
Donde la paz, la vida y el Paraíso está.

Tú, bálsamo de mirra; tú, cáliz de pureza;
Tú, flor del Paraíso y de los astros luz,
Escudo sé y amparo de la mortal flaqueza
Por la divina sangre del que murió en la Cruz.

Tú eres ¡oh María! un faro de esperanza
Que brilla de la vida junto al revuelto mar,
Y hacia tu luz bendita desfallecido avanza
El náufrago que anhela en el Edén tocar.

Impela ¡oh Madre Augusta! tu soplo soberano
La destrozada vela de mi infeliz batel;
Ensénale su rumbo con compasiva mano,
No dejes que se pierda mi corazón en él.

JOSÉ ZORRILLA

María del Socorro de Tinoco



Dedicatoria

En esta obra, que apenas si puede considerarse un ensayo de novela, he querido recordar las viejas costumbres de la sociedad costarricense de principios de siglo, sencilla, austera, patriarcal, y reflejar las transformaciones que el correr del tiempo y de la vida necesariamente ha ido imponiendo en ella, sin hacerla perder en el fondo sus virtudes seculares.

Ninguno de sus personajes corresponde a un personaje de la vida real; y la figura central del libro, Ysabel, no representa en su modo de pensar y de actuar, el tipo medio de la mujer costarricense, sino de aquella minoría que en todas las sociedades y en todas las épocas ha querido rebelarse contra las costumbres y los sentimientos de la generalidad, aunque en el fondo continúe procediendo conforme a las normas y principios que el suceder de las generaciones va dejando como sedimento sobre el cual se levantan los firmes cimientos de las sociedades humanas.

Con devoción dedico este esfuerzo a todas las damas de la vieja Costa Rica, que con sus virtudes y principios incommovibles pusieron bases sólidas a la sociedad costarricense; y entre ellas, como representativa auténtica de esa generación benemérita, especialmente a la dulce y bondadosa doña Adela Jiménez Oreamuno de Tinoco, hija, nieta y hermana de Presidentes que son gloria de la Patria y de la Democracia, sin que por ello dejara de ser en ningún momento sencilla, amable y exquisitamente devota.

M. del S. de T.

Cuando despertó Ysabel ya había pasado la tarde, y las sombras de la noche, aumentadas por la inclemencia del tiempo, la envolvían. Zigzagueantes rayos cruzaban el cielo y atronaban el espacio, retumbando su fragor en lo infinito. Los relámpagos se sucedían con rapidez, iluminando el jardín y la terraza con fugaces y lívidos fulgores.

¿Qué habría soñado que repercutiendo en su mente la llenaba de espanto?

Todavía como en una alucinación, le parecía distinguir allá en el fondo a las dos figuras que había visto en sueños. Una permanecía inmóvil —relucía la blancura de su larga túnica y de sus grandes alas en las tinieblas,—con la cabeza escondida entre las manos parecía llorar en silencio.

La otra—la misma que la había hecho despertarse temblando, sintiendo que mortal miedo helaba su corazón—la adivinaba ahora agazapada entre las sombras, oía su risa cruel y diabólica

que retorció su semblante, veía su puntiaguda lengua de serpiente lamer con deleite sus carnosos labios—parecía extender hacia ella las encorvadas garras con ademán amenazador.

Una extraña música de lúgubre melodía, de gemidos y de lamentos, como de almas atormentadas y malditas, aumentaba el ambiente aterrador.

Por el cerebro de Ysabel cruzó como un rayo un nombre: Lucifer.

Llena de indecible pavor, hizo un esfuerzo sobrehumano por librarse de esta pesadilla, y todavía aletargada se incorporó y, extendiendo un brazo, encendió la luz de una lámpara que tenía a su lado.

Estaba sola, nada ni nadie la amenazaba.

En el fondo de la terraza no se veía más que la gruta y la estatua que siempre había estado allí. Las pacayas y los helechos que la rodeaban temblaban al impulso del viento, en el jardín; al empuje de la cercana tempestad se retorcían las altas palmeras y los frondosos árboles.

Del sueño de Ysabel tan sólo la música persistía.

Dejó el confortable sillón de mimbre en donde hacía ya horas se había quedado dormida y entró al salón por la gran puerta de cristales.

A pesar de su ruego, Jorge había regresado, y sentado al piano ejecutaba con habilidad y brío el *Estudio Número 12* de Chopin.

Al notar su presencia, cesó de tocar y se levantó para saludarla.

—Sigue... te lo ruego—le dijo Ysabel con voz queda, haciéndole ademán de que permaneciera al piano.

Abandonando a Chopin, Jorge hizo correr sus dedos con ligereza por el teclado, desgranando las notas arrulladoras y cristalinas de *Reflejos sobre el Agua* del genial Debussy.

Reclinóse Ysabel en el mullido sofá cubierto de fino brocado color oro que adornaba el espacioso salón y paseó su mirada inquieta por los mil variados objetos que le daban tanto realce.

—¡Qué triste sería perder mis preciosas lámparas de alabastro, aquel jarrón de Sévres que perteneció a un Rey, esta rica alfombra Savonnerie, mi primoroso gabinetito chinesco... en fin todo... todo...! —se dijo mientras sentía como si una mano helada estrujara su corazón. ¡No lo resistiría!

Pero luego, todavía aperezada y soñolienta, se dejó llevar por el encanto de la música, y sintiendo que la inundaba una deliciosa sensación de tranquilo bienestar, le pareció ser de nuevo aquella adolescente ingenua y soñadora, ansiosa de placeres, que había sido ella.

Se vió tendida sobre verde césped, al margen de la Poza Azul, aquel bello manantial engarzado como brillante zafiro en el corazón de la selva, tan claro que transparentaba el fondo

de argentada arena. Se estremeció como si ya sintiera el ligero cosquilleo de las aguas purísimas que suavemente borboteaban. Sobre su cabeza, el ramaje entrelazado formaba espesa bóveda y jugueteando con la brisa susurraba adormecedor arrullo. Vanidosos, los seculares árboles reflejaban su frondosidad en el tranquilo cristal de las aguas, dejando caer en ellas, cual leves mariposas, millares de pétalos de variados colores, cuyo fragante aroma aumentaba el embrujo de este seductor retiro: se distraía tirando piedrecitas al centro de la poza; contemplaba las ondas que instantáneamente y en rítmicos círculos se agrandaban hasta besar las riberas, mientras la imagen de su rostro se empañaba y cambiaba de aspecto, como si se reflejara en mágico espejo de irisados tonos.

¡Ay,—pensó—cuántos seductores y quiméricos ensueños no tejí en aquel paraíso en miniatura, cuyo recuerdo llevaré siempre en mi corazón!

La memoria de los ridículos trajes que usaban para bañarse en la poza la hizo sonreír.

¡Qué horror... qué sacrilegio, profanar ese templo de inefable belleza con tan grotesca indumentaria...! Si pareceríamos unos adefesios, unos globos, con esos enormes y horribles camisones, confeccionados con tela de Guatemala, gruesa y cuadriculada! ¡Y pensar que tía Eloísa se empeñaba en asegurar que los primos que

veraneaban con ellas y los amigos de su hermano Pedro las espiaban escondidos detrás de los árboles cercanos, mientras ellas, chillando como pajarillos, se tiraban al agua...

Y tal vez tía no se equivocara—pensaba ahora, evocando sonriente la incomparable atracción que ella y sus compañeras habían tenido para esos traviesos muchachos.

Si yo—se decía—hasta osaba soñar, mientras nadaba de aquí para allá o me tendía a descansar sobre el césped, que era una nereida o una princesa encantada a quien vendría a buscar un apuesto príncipe para deshacer el hechizo y llevarme muy lejos.

Y de nuevo sonreía recordando los sustos que daban a su tía Eloísa cuando se escondían entre el tupido follaje que bordeaba las orillas; la veía en carreritas y saltos llamándolas a gritos; recordaba que la pobre había tenido la obsesión de que acabaría por morderlas alguna serpiente.

¡Días felices aquellos—suspiró—saturados de sol y de alegría infantil! ¡Con qué regocijo, nunca más igualado, discurrían entonces las horas...! ¡Días felices...!—repitió musitando—y sin embargo, huyendo de ellos había llegado a lejanas tierras, buscando ansiosa una dicha que había creído segura... y ahora amenazaba desvanecerse.

¡Pero no todo había sido risas, alegría, soll

En un evocar de recuerdos retornó a su ciudad natal y la contempló envuelta en las densas brumas que, al caer la tarde, descendían lentamente de los montes cercanos. ¡Cuánto la había desesperado este ambiente sombrío que entristeció su juventud! Y una vez más se sintió invadida por la misma melancolía que le producía el toque de las campanas que desde las torres de las iglesias llamaban a la oración y hacían correr anhelosas a las gentes, envueltas en antiguas capas o negros mantos, como sombras evanescentes, bajo la neblina que poco a poco espesaba.

La voz de Jorge puso fin a sus reminiscencias.

Fijando en ella su mirada le decía: He vuelto, Ysabel, para pedirte una sola cosa: discreción... mucha discreción y prudencia. De lo que hablamos esta tarde no digas jamás una palabra, ni a tu propia sombra, pues de nuestro silencio depende el éxito de la empresa, quizás mi vida y también la tuya. Júrame por el honor de tu hijita, que nuestro pacto será siempre un secreto sagrado para tí.

Sintió un escalofrío, impresionada por sus palabras, y más que por ellas, por la expresión de sus ojos y el tono de su voz. Experimentó horrible sensación de que algo siniestro y maldito se acercaba a su vida y la destruiría si no se daba prisa a apartarse de él. Como una ráfaga pasó por su cerebro la idea de ne-

garse; pero pudieron más su vanidad y su delirio de grandeza, y desechando sus temores como pueriles recelos, le dijo, tras leve vacilación, con acento que quiso hacer fuerte y seguro:—¡Lo juro, Jorge, lo juro por mi honor y por el de María Elena, lo que más quiero en el mundo! Aunque creo que exageras con estos juramentos tragi-cómicos, puedes estar seguro de que jamás te traicionaré ni olvidaré que me tendiste la mano cuando todos me abandonaban.

Extraña historia la de esta mujer, que se adelantaba así a enfrentarse con su destino, arrogante, orgullosa, confiada absolutamente en que una brillante estrella la protegería siempre.

*

Había nacido en Cartago, la antigua capital de Costa Rica, a fines del siglo pasado.

Era esta ciudad, en aquella época, pequeña y sencilla. Guardaba, sin embargo, tesoros inestimables: culto fervoroso y sincero a la Virgen de los Angeles, divino don con que el cielo quiso distinguirla, y la rectitud de costumbres perseguida por sus habitantes, que les dió justa fama de poseer cualidades de integridad y entereza.

Su familia ocupaba lugar preferente en la sociedad, mas no se envanecía por eso y cifraba más bien su orgullo en llevar costumbres austeras y morigeradas, sin esperar de la vida otra cosa que un decoroso bienestar, una

serena tranquilidad. Pero ella era de carácter soberbio y tenía la mente llena de fantásticas ambiciones.

Talvez porque llevara en su sangre extraña mezcla de razas y de clases, de hidalgos y de humildes labriegos, ocultaba también, como los montes de su patria, un volcán de fuego y de inquietud.

Desde su niñez había asombrado Ysabel por su extraordinaria belleza, circunstancia que muy pronto apreció a pesar de que, con prudencia, nadie a su alrededor la mencionara.

Eran los tiempos en que los refranes: «¡Guay de la que nace hermosa!», «La suerte de la fea la bonita la desea», y otros más, se dejaban caer como al descuido ante las jóvenes, con el fin de contrarrestar en ellas cualquier tendencia hacia la vanidad, considerada entonces altamente pecaminosa.

Y ciertamente que el mote de *hormiga colorada*, que Pedro no desperdiciaba ocasión de gritarle cada vez que se enojaba con ella por alguna de sus impertinencias, no podía ni remotamente llevar a su ánimo la idea de que lo provocara el que ella tuviese el cutis terso y nacarado de las rosas, ni que su cabellera deslumbrara como oro hilado.

Su infancia había trascurrido dichosa, apenas refrenada su natural vivacidad por suave dirección. Pero un día, ya cumplidos los catorce años,

descubrió la biblioteca de su padre y al saber de otros países, de otras costumbres, suspiraba diariamente por escapar de lo que desde entonces consideró aburrida y triste prisión.

—María—le preguntaba una noche, mientras se alistaban para acostarse, a su prima, una huérfana, sobrina de su padre, quien la había traído a su hogar, en donde se la trataba como a una hija a la par de Ysabel—¿por qué no lees vos también? ¡Vieras qué cosas tan interesantes de aventuras y magnificencias cuentan estos libros!

María, horrorizada, movía la cabeza, con ademán negativo y de reproche a la vez.

—¡Qué bárbara, Ysabel! ¿Cómo te atreves? ¡Si lo supiera tío Rafael se pondría furioso!

En realidad habría sido así. Su padre sustentaba la creencia, muy general en esa época, de que «el mucho leer y aprender no hacía más que meterle ideas en la cabeza a las mujeres». Se hubiera espantado de haber podido adivinar los extraordinarios pensamientos que, desde entonces, bullían en la alocada cabecita de su hija.

—No sé cómo lo ha de saber, si vos no vas de cucharilla—le respondió desabrida Ysabel.

Y mientras María, ya arrodillada ante el altarcito de la Virgen, al que parpadeante alumbraba la veladora de aceite, empezaba a rezar interminables oraciones, ella se preparaba a escapar a regiones de absorbente fantasía.

Aunque apenas, vagamente, conectaba estos

relatos con su propia persona y los confundía con los cuentos de hadas de su niñez, que fascinadores pero quiméricos e imposibles de realizar, la habían cautivado siempre, no lograron esta noche captar su atención. Otro deseo real y concreto embargaba su pensamiento: el de su próximo acceso a la vida social de San José.

¡Había terminado sus estudios!

—¡Ya voy a cumplir quince años!—se decía a cada instante—. ¡Pronto haré vida de gente mayor! ¡Tendré derecho a ser cortejada, a escoger un novio muy galán, y sobre todo muy rico, que se case conmigo, me dé gusto en todo y me lleve a viajar... a ver maravillas! ¡Será un constante paseo sin obligaciones ni regañíos... sin el eterno rezar a todas horas que me fastidia horriblemente! ¿No confirmó mi Nanita anoche, a la hora del chocolate, que ya soy una señorita de sociedad?

Sentía que su corazón desbordaba amor por esta viejita linda, su abuela materna, doña Mercedes de Carrillo.

—Me parece—había dicho la buena señora a sus padres—que ya Ysabel está en edad de irse acostumbrando a alternar en sociedad. Es preciso prepararla para que ocupe el lugar que le corresponde en el mundo. Me dicen que las Corrales organizan las academias de este año. Siendo así estoy segura de que ustedes no pondrán reparo en dejarla asistir. Desde luego, Ma-

ría irá también. Yo misma las acompañaré. Pienso pedirles idénticos ajuares, para su estreno, a las dos. Aprovecharé para ello el viaje de mi prima Carmen a París. Volverá dentro de cuatro o cinco meses, apenas a tiempo para el baile del quince.

Hacía alusión al suntuoso baile de gala que, para festejar el aniversario de la Independencia Nacional, se celebraba anualmente, y al que se invitaba a lo más granado de la sociedad costarricense.

La fiesta sería en el Teatro Nacional, nuevo y magnífico edificio, que para Ysabel encerraba cuanto pueda darse en materia de lujo y fastuosidad.

Y no era ella la única en sentirlo así, pues si un mago hubiese aparecido en Costa Rica y con un golpe de su varita milagrosa hubiera hecho surgir de súbito un castillo encantado, no habría sido mayor el asombro y la admiración que el que había producido en los costarricenses la conclusión y el estreno del teatro más suntuoso que la mayoría había visto hasta entonces.

Aun muchos años después nunca pudo Ysabel acercarse a sus hermosas puertas, sin experimentar el mismo sentimiento de dicha extraordinaria, que el de la tarde aquella en que entró de la mano de su madre, por vez primera, para contemplar admirada, con los ojos muy abiertos

de sorpresa, este precioso edificio que le parecía haber sido construído para su propia dicha.

No la seducía menos el pensamiento de lucirse entre un grupo de lindas damitas, convencida de que las eclipsaría en belleza y esplendor.

Porque claro, punto indispensable y culminante de sus anhelos, era bajar por las escaleras de mármol blanco que descienden suavemente hacia el vestíbulo, ataviada con el traje más deslumbrante que jamás hubiera salido de los talleres de moda parisiense, arrastrando larga y ancha cola, suelta desde los hombros, al estilo de las reinas, recamada de abalorios y centelleantes lentejuelas, su abundante cabellera rubia peinada en alto, llena de bucles y trenzada con perlas.

Esa noche, embargada su mente por venturosas ilusiones, casi no había pegado los ojos, y al llegar María a despertarla por expreso mandato de su padre, quien no transigía con la pereza, hacía ya horas que los pajarillos trinaban en los árboles del vecino jardín y las palomas la reclamaban con amoroso arrullo al pie de su ventana.

Por ella entraba ahora a torrentes el claro sol de la mañana, de una de esas frescas y luminosas mañanas de la Meseta Central de Costa Rica, en que todo parece presagiar algún acontecimiento inesperado y feliz.

Todavía soñolienta corrió a abrir los crista-

les. El perfume de los jazmines, de la mosqueta, de todas las flores que en apretujada mezcla trepaban por los horcones del corredor y llegaban hasta su alcoba, la aturdí con su penetrante aroma.

El susurro de los árboles, la perfumada brisa que apartaba las cortinas dejando entrar el sol mañanero y retozón, se unían y se entrelazaban con el hálido primaveral que brotaba en el corazón de Ysabel y la impulsaba hacia la vida y el placer.

—María—preguntó a su prima de pronto—, ¿no te parece mentira, no crees que sea un sueño que dentro de poco nos vayamos a estrenar?

Suspiró de gozo, mientras seductora sonrisa se dibujaba en la fragante rosa de su boca.

—¡Pero mirá!—continuó—no podrán ser idénticos nuestros trajes. El tuyo debe ser de color para que no te veas tan morena, y el mío lo quiero blanco, todo blanco, así como el abanico de gasas y encaje, las flores, las zapatillas y desde luego las medias.

—¡Pareceré una novia!—terminó extasiada—. ¡Ay, que sueño más divino!

*

Pasaban la temporada de verano en la pintoresca y valiosa finca de su padre don Rafael Girón. Como en años anteriores, habían llegado con ellos todos los miembros de la familia, sin

faltar los jóvenes, que libres ya de enojosos estudios se dedicaban a gozar en alborozada camaradería de las delicias de estos días de vacaciones.

Ysabel había sido siempre el alma de estas temporadas, inventando a diario juegos, paseos a caballo, melcochas, almuerzos a la orilla de los ríos y mil diversiones más; pero este año todos unánimemente la habían declarado la gran *pesada* del siglo.

—¡Qué pereza! ¡Ay, qué aburrición!—daba por respuesta en un tono de voz displicente a cuanto le proponían. Le placía mucho más encerrarse en su alcoba o vagar a solas por los campos, forjando ilusiones, ajena completamente a cuanto la rodeaba.

Una mañana de fines de marzo, cuando ya estaba para terminar el veraneo, al salir Ysabel al amplio corredor que a manera de balcón rodeaba los altos de la antigua casona de muros de encalado adobe, se encontró con su primo Carlos, que hojeaba los periódicos tendido cómodamente en su sillón.

Era Carlos un pedante y enclenque presumido de veintiséis años, que gracias al dinero de su padre hacía ya tiempos paseaba su ociosidad por las capitales europeas, con el pretexto de estudiar letras. Había regresado a Costa Rica a convencer a su familia de que le era necesario más tiempo para triunfar en el mundo de los sabios, y logrado su propósito, había llegado a despedirse de sus parientes.

—Ydiai—exclamó Ysabel, con desconsolado de-
jeo—. ¿No iban hoy a cacería?

—No, colibrí—le contestó Carlos—. No llegó
Enrique con los galgos y se nos aguló la fiesta.

—¡Ah, sí, qué lástima! ya me extrañaba que
no me hubieran despertado los perros con su al-
gazara—comentó, mientras pensaba decepciona-
da: —A quien le aguaron la fiesta fué a mí; ya
hoy sí que no nos llevará tía Eloísa a la Poza
Azul.

Al resplandor de un ardoroso sol, lucía ufana
su fecunda verdura la maravillosa tapicería de
praderas, bosques y sembrados en los extensos
valles y ondulantes colinas.

—¡Achará!—se lamentó Ysabel—. ¡Qué día
más lindo!

Seguía con el empeño de ir a bañarse a la
Poza Azul, y cuando la obsesionaba un capri-
cho, no había quién la hiciera desistir. Sin em-
bargo, se distrajo breves minutos mientras a
hurtadillas examinaba a su primo y se dolía de
que no se asemejara ni remotamente al que
ella había imaginado. Hacía poco había oído a
sus primas mayores comentar escandalizadas las
aventuras que Carlos contaba de su vida en Eu-
ropa, sobre todo en París.

—¡Qué va! Si ni siquiera parece que ha vivido
en el extranjero y mucho menos que sea capaz de
robarse una bailarina ni de enamorar duquesas,
ni condesas, ni qué sé yo cuántas tontas más.

Medio oculto tras el periódico, Carlos observaba con disimulo el rostro de Ysabel, en el cual imprimían sus pensamientos cambiantes expresiones, como marcaban danzantes sombras sobre las losas del anchuroso patio las manchitas de sol que se filtraban por entre las hojas de la jacaranda. No sospechaba ciertamente la mala opinión que de él tenía Ysabel.

—¡Qué estupenda es!—pensaba—. Si llego a saber que tenían aquí escondida esta preciosidad, no pierdo el tiempo en San José con Adelina. Lástima que ya me voy mañana. Parece turbada. ¿Será por causa mía? ¿Le empezaré a gustar? Tentaciones me dan de quedarme.

Halagado en su vanidad olvidó hacerse el interesante, y atuzando su bigotillo la admiraba ahora abiertamente, mientras ella amarraba bajo la barbilla las cintas azules de su sombrero.

—¡Qué tonto es este Carlos...!—pensó—. Si creerá que me gusta, que me mira con esos ojos de conquistador...

Y con innata coquetería daba a los suyos una expresión de embeleso, como si de pronto evocara alguna visión maravillosa. En el fondo de sus pupilas aleteaba la burla.

Carlos continuaba embobado contemplando los ricillos que retozones se escapaban por debajo de las anchas alas del sombrero de Ysabel, su nacarada tez, sus grandes ojos verdes de ondina.

Pagado de la superioridad que, a su ver, le

conferían los años vividos en el extranjero, se dijo con cierto sentimiento de lástima y condescendencia: ¡Qué crimen! Esta encantadora figurita de nácar, oro y jade está predestinada a ser una de esas esposas sencillas, abnegadas, modestas—pero, ¡uy, cuán insulsas!—que tanto abundan aquí. Seguramente que cuando yo regrese, ya hará tiempo que sus días discurren prosaicamente atendiendo con incansable celo a su marido y a su numerosa prole.

Y la veía con desencanto, gorda y ajamónada, en un constante ir y venir de quehaceres triviales, enganchado en la pretina de albo y amplio delantal un imponente manojo de llaves ensartadas en relumbrante llavero de moneda, que ufana tintinearía con el mismo orgullo con que los caballeros exhibieron antaño sus blasones y su espada.

No sospechaba que este edificante modelo de virtudes domésticas no seducía a Ysabel, y que ella exigía del destino nada menos que el sol, la luna y las estrellas en marco de diamantes.

Sin hacer caso del evidente rendimiento de su primo, Ysabel seguía pensando en su empeño de ir a la Poza Azul. ¿Pero cómo?

—Inútil convencer a tía Eloísa—pensaba—. ¿Y si fuera sola? Se atacarían todos. ¡Jesús! Ni que me fuera a comer un tigre! ¡Ojalá! Así se arrepentirían, cuando me vieran destrozada, de lo mucho que me mortifican!

Con su acostumbrada rebeldía seguía discutiendo:—Qué importa que luego me regañe tía Eloísa! Después de todo, cada día se pone más ideática e insoportable. Toda la vida nos ha tenido amarradas a las tiras de su delantal, pero nunca como ahora.

Y envalentonada por sus reflexiones, sin despedirse siquiera de Carlos, bajó presurosa las escaleras, y resuelta, con arrogante paso que hacía cimbrar su grácil cuerpo de bayadera, atravesó el rústico jardín en donde crecían en abundancia tropical fragantes rosas, hortensias de hermosas corolas y atenuados tonos y perfumados heliotropos, y se internó en el bosquecillo de limoneros y naranjos que lindaba con el huerto.

Al pasar aspiró con deleite el delicado aroma de los azahares que arrancados por la brisa caían cubriendo el suelo de blanca alfombra.

Titubeó al llegar a la tranquera. Hace mucho calor—pretextó—y sin atreverse a seguir adelante permaneció indecisa a la sombra de venerable cedro. Se entretuvo mirando los patios del beneficio que se extendían por detrás de la casa. Sudorosos y pacientes caminaban los peones, rastrillando bajo el ardoroso sol el grano de dorado pergamino.

Alzó sus ojos de rizadas pestañas y se quedó contemplando a lo lejos la nebulosa silueta de las montañas, que apenas se dibujaban sobre un cielo de un azul lechoso, veladas por impercep-

tibles gasas desprendidas de extraña floración de humo que coronaba la cumbre del volcán Irazú, que se elevaba majestuoso como imponente vigía sobre los montes que en ondulante perfil circundaban a sus pies el valle de Cartago.

¡Cuántas veces, pasado ya mucho tiempo, habría de recordar Ysabel en este mismo sitio y mirando la ancha faja de cemento que corría hasta perderse en el horizonte, siguiendo técnicas curvas, aquel caminito incierto de su niñez! Húmedo, resbaloso, bordeado de flores, serpenteaba entre sombreados cafetales o cruzaba a veces, amarillo de luminoso polvo, verdes praderas, en donde pacían soñolientas las vacas y galopando corrían los potros, se detenía curioso a mirarse en los traviesos riachuelos, y jadeante subía hasta aquí, haciendo una pequeña pausa para cobrar aliento y, en suave pendiente, descender hacia Cartago.

Enternecida entonces, pensaría en su pequeña ciudad natal. En una resurrección de recuerdos la vería poetizada por la distancia que la vestía de encanto y le prestaba ese aroma desvanecido, nostálgico, de las flores marchitas guardadas en un misal.

Le parecería oír el apagado vibrar de las campanas llamando a los feligreses a la oración.

Sentiría reconfortada su alma sabiendo que allá en su templo estaba su Négrita, su Virgen adorada. Muy quedo, con santa unción, le rezaría una plegaria invocando piedad.

Con íntima complacencia se diría: Cartago, mi tierrita querida... relicario del pasado... orgullo de Costa Rica...

La evocaría santa, humilde, ungida de devoción y de tradiciones sagradas.

Ya no desearía, como en su rebelde juventud, que fuera otra, que fuera como su tocaya africana, poderosa y soberbia, exótica y ostentosa de lujo y esplendor. Que en ella se levantaran airoso palacios de mármol con columnas de bronce y escaleras de pórfido, por donde la propia Ysabel, altiva princesa arrogante y pagana, pudiera pasar majestuosa, tendida su cabellera sobre un manto de oro y púrpura. Estaría segura entonces de que sólo había sido enteramente feliz en aquellos años primaverales en que las lágrimas se tornan risas.

Pero en esta mañana alegre, estaba escrito que Ysabel no llegaría a la Poza Azul.

Mientras indecisa se detenía en la tranquera, allá en una subida del camino apareció entre nubes de polvo un grupo de jinetes.

Presumió que venían a su casa.

—¡Hijo de Dios!—se dijo—ahora sí que me cogió tía Eloísa. Lo primero que se le ocurrirá será llamarme para que la ayude.

Corriendo cuesta arriba cruzó el huerto como un huracán, asustando a los patos y gallinas, que huyeron con gran alboroto de graznidos y cacareos, y sin detenerse siquiera a tomar aliento,

tiró el sombrero entre los tomates y sudorosa y agitada entró en la cocina.

No se había equivocado. Llegaban a almorzar varios amigos de su padre. Esto no era de extrañar, porque su activa participación en la política le hacía recibir a diario numerosas visitas; pero sí fué de notar que en vez de llegar, como de costumbre, contentos y joviales y un si es no es adulones, habían estado a la mesa bastante serios y callados, y tan pronto terminó el almuerzo se habían encerrado con tío Jaime y su padre en el despacho de este último.

Durante ese verano, había adoptado Ysabel el hábito de retirarse a un extremo del corredor contiguo a la oficina, adonde lejos del bullicio de la gente menuda y de las admoniciones de la mayor, podía entregarse con toda libertad a su habitual entretenimiento de soñar despierta. Sentada cómodamente en un sillón de vaqueta, oyó, sin prestar atención, absorta como estaba en sus cavilaciones, las voces que se escapaban por la entrecerrada puerta del despacho, unas veces bajas y otras subidas de tono al calor del altercado.

Pensaba de nuevo en el baile del quince. Ya se veía paseando por el espacioso foyer que adornan regias y doradas consolas coronadas de ricos espejos, acompañada de elegantes caballeros de rigurosa etiqueta, todos rendidos ante su incomparable hermosura y distinción. Ya le

parecía entrar al suntuoso salón rodeado de palcos, desde los cuales la admirarían sus parientes y amigos proclamándola reina de la fiesta. Se extasiaba en el decorado de guirnaldas y cestas de preciosas flores, que lucirían a la luz de la inmensa araña de cristal de Venecia. Se sentía formando parte del imponente desfile que encabezaban el Presidente de la República y el Cuerpo Diplomático, seguidos por las *debutantes* con sus trajes vaporosos, y hasta oía los acordes de la Gran Marcha Real que iniciaba la fiesta.

Una frase dicha en voz sonora disipó su encantamiento. Reconoció la voz de su tío Jaime quien decía con acento de alarma:—¡Mirá, Rafael, no te precipités! ¡De ninguna manera debés renunciar, acordáte que todo tiene arreglo!

Oyó después a su padre que rugía enfurecido:—¡No, hombre, no, ya esto se terminó... este país está perdido... Se acabaron aquellos tiempos en que el hombre se conocía por la palabra y el buey por el cacho! ¡Bien merecido me lo tengo por haberme fiado del Cholo ese!

—¡Pero, Rafael, hombre, no te pongás así, ese... podrá ser lo que querrás; pero Costa Rica es Costa Rica y siempre la protegerá su buena estrella...

—¡Mirá, Jaime, si yo me quedara, querría decir que no tengo vergüenza, y eso, ¡jamás! Me vuelvo a Cartago y ni mi familia ni yo pondremos más los pies en San José mientras ese Cholo siga mandando entre bambalinas.

Con espanto se dió cuenta Ysabel de que le desbarataban sus ilusiones, su vida misma. Se levantó de un salto, con la cara más trágica que la de Sara Bernhardt, cuando representando a Margarita Gautier, se despide de Armando y se muere luego de consunción.

—¿Qué tenés... qué te pasa?—exclamó María. Venía a buscarla para que fueran juntas a unas melcochas, en una finca vecina.

—¿Qué tenés...?—repitió asustada—¡parecés una muerta!

—¡Shss!—susurró su prima, poniéndose un dedo sobre los labios—¡calláte, dejáme oír...!

Pero al notar que ya se marchaban las visitas y que salían hacia donde estaban ellas, apresuradamente agarró a María por un brazo para llevársela a la vuelta del corredor.

—¡Eso sí que no lo podré soportar!—le decía entre sollozos, que trataba en vano de dominar—¿Cómo va a ser posible que ya nunca... nunca, volvamos a San José y me quede sin baile... ni estreno... ni nada? ¡Eso no puede ser...! si papá quiere encerrarse en Cartago, que se encierre; yo me iré a vivir a San José con mi Nanita Mercedes... Ella me quiere mucho y me defiende en todo... Además es seguro que mamá convencerá a papá de que no puede sacrificarme así!

¡A buena madrina se atenía Ysabel!

Era doña Margarita Carrillo de Girón una distinguida señora, muy celebrada por su elegancia y porque según decían, «llenaba un salón con sólo entrar en él». Maestra en el difícilísimo y muy apreciado arte de llevar bien el pañolón, sabía con gracia levantar a la vez la cola de sus faldas con inimitable gesto, sin ceñirse demasiado las caderas, ni enseñar, ni dejar de hacerlo, su diminuto pie primorosamente calzado con botines de tafilete y dejar ver algoito, pero nada más que algoito, de la bien torneada pantorrilla.

¡Ah, los clásicos mantones de Manila! ¡Quién no recuerda los vistosos *pañolones* usados por nuestras madres y abuelas? Grandes cuadros de rica seda, con pesados y largos flecos, profusamente bordados con variadas ramazones de flores, con aves y pagodas de múltiples colores!

¡Románticos mantones venidos de muy lejos! Cómo evocan al mirarlos imágenes hechiceras de esbeltas bailarinas españolas que giran con incomparable gracia y donaire, mientras repiquetean las castañuelas y rasgan el aire las guitarras, llenando el ambiente de música viva y alegre!

Los usaron las damas costarricenses, doblados por la mitad y formando un cuadrilátero que se echaban por la espalda y recogían con los brazos a modo de chal. Los tenían de todos los

matices, bordados en el mismo tono o en diversas y caprichosas combinaciones, pues era obligación usarlos cada vez que se ponía el pie en la calle.

Doña Margarita, de porte elegante y señorial, que le daba prestancia singular en salones y paseos, era en su casa una mansa y humilde sombra que no tenía voz ni voto.

Con gusto se habría sumado a la rebeldía de su hija, pues la halagaba sentirse importante y ser adulada y atendida. Recordaba con agrado la vida social intensa y sin monotonía, de amenas distracciones, que le había permitido llevar la alta posición que ocupaba su esposo. Además la complacía vivir cerca de su madre tan discreta y comprensiva, y no con su suegra, amable y fina pero empeñada en convertirla en beata. El conocimiento que tenía de su esposo le impidió, no obstante, hacerse ilusiones y le evitó ser víctima de una cólera más grande que la de Jehová.

Era don Rafael Girón un caballero refinado y de gran don de gentes, de conversación amena y hasta chistosa en la intimidad, pero hosco y huraño con los extraños y hostil a lo nuevo y extranjero.

Su madre le inspiraba un sentimiento de santa veneración; a su hija la quería con adoración oculta, y por su esposa sentía un acendrado cariño, pero desestimaba su capacidad

mental, pues la consideraba, como a todas las señoras, como una niña a quien es necesario cuidar y guiar y no como a un ser digno de compartir las responsabilidades del hombre y hacer pesar su opinión y voluntad.

De las otras, de las livianas, opinaba además que eran malas e instrumentos del demonio; pero que nada podía hacer contra ellas un débil pecador, sino arrepentirse después de su flaqueza.

Ante la negativa persistente de su madre a ayudarla, Ysabel usó de cuantos recursos pudo discurrir para suavizar la voluntad de su padre. Lloró, se negó a comer por unos días y hasta se fingió enferma de pesar. Todo fué en vano.

Aun doña Mercedes fracasó en su intento de convencer a su yerno, que a cada nueva tentativa se afirmaba más en su decisión.

Y se trasladaron a Cartago, a la antigua casa de la familia Girón, en donde vivía su madre doña Magdalena Duval, dama de aspecto bondadoso y de cabellera blanca como la nieve, que conservaba aún la excepcional belleza heredada por su nieta Ysabel.

La acompañaba su hija Eloísa, una flaca y destañada solterona, de mirada dura, quien dirigía la casa con mano de hierro, dejando a su madre en libertad para dedicarse a las prácticas religiosas, que seguía con un entusiasmo fanático rayano casi en locura. Siempre deslizándose en

la casa como un duende, buscando defectos en el servicio y regañando sin cesar, se pintaba Eloísa a las mil maravillas para el papel de institutriz que asumía voluntariamente en la finca y reasumía ahora con visible disgusto de Ysabel, con quien se mostraba especialmente severa.

Fué costumbre en Costa Rica y sobre todo en Cartago, aun entre las familias principales, enseñar a las hijas a desempeñar con primor todos los quehaceres del hogar y particularmente a servir con el mayor esmero a los varones de la casa. Esto no le hacía ni pizca de gracia a Ysabel y menos todavía cuando se trataba de Pedro—¡un chiquillo, pensaba despectivamente, apenas dos años mayor que yo!

No que le faltara afecto por su hermano; al contrario, lo adoraba; pero es que eso, se decía, de oír a toda hora:

—¿Ysabel, ya le remendaste las medias a tu hermano?

—¿Ya le aplanchaste las corbatas?

—¿Ya le acomodaste la ropa limpia?

—¿Ya le...?

Así, en larga e insoportable lista de encargos, simplemente le parecía humillante.

¿Cómo podía sentirse de otro modo una niña, que más bien anhelaba ser servida como una princesa? Estaba persuadida de que ninguna de las mujeres célebres de la historia había tenido jamás la obligación de remendarle los calcetines a sus hermanos.

—¡Niña!—la reprendió en una ocasión su tía Eloísa al entrar inesperadamente a su dormitorio y encontrarla muy entretenida arreglándose las manos.—¡Niña!—le repitió—¿cuántas horas te vas a estar ahí frote que frote con el *polissoir*, hasta gastarte las uñas y sin hacer nada de provecho? Ayer te tocaba hacer el dulce de la comida, ¡pero, claro!—continuó con un tonito sarcástico y una sonrisita avinagrada—como vos sos una reina y María una esclava, te hiciste la tonta y se lo dejaste a ella. Hoy no me cogés de boba; andá ahora mismito, antes de que se necesite el molendero para amasar el pan dulce, y hacés el manjar blanco que aprendiste hace quince días, o si no la sopa borracha que tanto le gusta a tu tío Jaime. Pero andá ligero y si no te acuso a tu mamá.

—Bueno, sí... ¡ya voy!—replicó Ysabel de mala gana encogiendo varias veces los hombros en señal de franca rebelión al encaminarse hacia la cocina lo más despacio que podía.

—Ah, mirá—le gritó su tía—, cuando acabés, limpiá la lámpara del zaguán que se te olvidó esta mañana, y cuando te vayás a confesar decile á Fray Andrés de mi parte que te estás poniendo inaguantable de respondona.

Unos días después, ¡Ysabel!—la llamó su tía.

—¡Ay, tía Eloísa otra vez!—murmuró para sí Ysabel con exasperación.

—¿En qué estás pensando que no te fijás en

lo que estás haciendo? Nunca vas a aprender a hacer las quesadillas de arroz. Si seguís así, no sé como te las vas a arreglar cuando te casés. Acordáte que a los hombres hay que halagarlos con muchos bocaditos para que estén contentos.

Dominando sus deseos de preguntarle a la tía Eloísa por qué si entendía tan bien a los hombres, no había conseguido marido, Ysabel reflexionaba: ¡qué aburrido no tener más oficio ni ambición que servir a los hombres!

—¡No, eso no es para mí!—se decía con arrogancia.

Ella no concebía el amor como lo entendían sus primas a quienes había visto enamorarse y llegar al matrimonio radiantes de ilusión y de hermosura, soñando alcanzar quién sabe qué paraíso, para encontrarlas al cabo de poco tiempo cansadas y marchitas, llenas de obligaciones y de hijos, luchando con servicio incompetente y sometidas a las exigencias irrazonables de maridos que las consideraban casi como amas de llaves y no como damas escogidas para ser amadas y servidas.

¡Ay! si se presentara un hombre como ella había leído que existían, que la llevara a otras tierras mejores. ¡A ése no lo rechazaría! ¿Pero sacrificarse como las otras? ¡Nunca! Preferiría quedarse para vestir santos.

La inconformidad con el medio, hija de su carácter singular y de quién sabe qué influencias

ancestrales, hacía languidecer y desesperar a Ysabel en aquel ambiente en que otras eran dichosas.

Como en la leyenda del Pájaro Azul, deseaba ardientemente irse muy lejos en busca de la felicidad que no encontraba en su tierra.

*

¡Pobre cabecita loca! ¡Pobre mariposa inquieta, anhelando siempre acercarse a la brillante luz que deslumbra y mata.

Obligada a vivir una vida que aborrecía, necesitaba buscar lo bello, lo exótico, como buscan las plantas el sol. Privada de pronto de las ilusiones propias de su carácter y de su juventud, despojada de cuanto creía fuente de dicha, buscó Ysabel, inconscientemente, el alivio del inconforme: soñar quimeras.

De nuevo leía a escondidas todas las noches, y así estimulada constantemente su propensión a la fantasía, volaba con la imaginación a tierras lejanas y desconocidas y se transformaba en mujeres famosas por su poderío, su ingenio o su beldad.

Leía cuanto llegaba a sus manos. Sir Walter Scott, Dumas padre, Shakespeare, Tolstoi, Cantú, Flaubert, los dos Pedros, Benoit y Loti y muchos más surtían su mente y abrían ante su imaginación ávida y ansiosa un paisaje de encanto o la llenaban de desesperación.

Las novelas históricas, particularmente, la fascinaban: aunque vibrante de ilusiones se acercaba al mundo del amor, leía con indiferencia y hasta con cierto dejo de hastío o de irrisión, todos los pasajes románticos para deleitarse con los relatos de los hechos heroicos y las escenas de lujo y esplendor.

Pero no era necesaria la lectura para que Ysabel acariciara sus alucinaciones, pues su fantasía volaba también con el menor pretexto.

Una calurosa mañana de mayo se encontraba atareadísima, atado al cuello un gran delantal blanco que cubría su severo traje de merino gris. Las largas mangas bien arremangadas dejaban ver sus esculturales brazos.

Lavaba con cuidado en una enorme palangana llena de espumosa jabonadura, una colección de figuritas de porcelana, formada en el correr del tiempo con regalos de boda o de cumpleaños y recuerdos de antiguos viajes, traídos a la casona por varias generaciones de la familia Girón.

Era éste el único oficio que hacía con gusto. Lavar de vez en cuando estos adornos de las repisas, las consolas de tapa de mármol y las mesitas de la sala destinada a las visitas de cumplimiento o a las ocasiones solemnes. No se cansaba de darles vuelta y de admirarlos uno a uno.

Embelesada contemplaba a un bizarro árabe

envuelto en albornoz y turbante de colores, con cimitarra de oro al cinto y montado en fogoso corcel, con lujosos arneses, que le traía el recuerdo de Las Mil y Una Noches y la hacía evocar fantásticas escenas en las que se veía en un espléndido palacio, reclinada en suave diván de mullidos almohadones, escogiendo sus joyas preferidas del rico estuche que en bandeja de plata le presentaban sus esclavas de Nubia, mientras otras refrescaban el aire con abanicos de largos mangos de marfil, o se sentía seductora sultana ostentando fastuosas túnicas de gasas tornasoladas que pasaba las horas en jardines de miríficos follajes y frutos de piedras preciosas.

O se extasiaba ante parejas de príncipes o pastores, admirando el arte perfecto con que estaban elaborados, desde las gorgueras o faldas que simulaban finos encajes, hasta las guirnaldas de diminutas florecillas que adornaban los trajes o los cayados de los pastores. Se soñaba princesa poderosa. Radiante de belleza y lujo dejaba a su paso por los palaciegos salones iluminados por miles de bujías en candelabros de oro y cristal, un murmullo de admiración y reverente embeleso, que la envolvía cual embriagador incienso, mientras su esbelta figura cubierta con un manto de terciopelo rojo ribeteado de armiño y enriquecido con perlas y brillantes, se reflejaba hasta lo infinito en los espejos que cubrían los muros.

La voz de María la arrancó de sus ensueños. Presurosa acabó de recoger los objetos esparcidos sobre la mesa y colocándolos sobre una bandeja, se encaminó al salón con paso ligero, a cuyo compás se mecían sus largas trenzas rubias como el oro.

María y Chela, la entregadita, habían abierto los postigos de madera de las ventanas y levantado las persianas para ventilar la habitación. Era el día señalado para desocupar y limpiar de arriba a abajo esa sala, siempre cuidadosamente arreglada y cerrada con llave.

Trino, el de adentro, enceraba el ya reluciente piso dejándolo como un espejo, sacudía y abrillantaba los muebles y los colocaba de nuevo exactamente en el mismo sitio del salón que había de permanecer atrancado, y en solitario esplendor—como decía Ysabel—en completa oscuridad, saturado de moho y extraña fragancia, mezcla de aguarrás mal disimulada con aromas de incienso, cohombro o alhucema, hasta el próximo día de limpieza, salvo que llegara alguna visita de ceremonia u ocurriera algún acontecimiento extraordinario.

—¡Uf! qué olor a iglesia!—se quejó Ysabel al poner el zahumerio en el zaguán—. Desde que mamita Magda instaló su capilla en la antesala, ya no se puede vivir aquí entre tantos hábitos y sotanas. Con razón llaman a esta casa, el Monasterio.

—¡Ave María Purísima!—exclamó María escandalizada—. Cada día te ponés peor. ¡Qué bárbara! Decir eso es pecado y lo tenés que confesar. ¿Qué te irá a decir Fray Andrés?

—No seas boba—le contestó Ysabel muy disgustada—. Para vos todo es pecado, menos lo feo y lo aburrido.

Se acercó casi llorando a la ventana, corrió los visillos de blanco y engomado encaje y volviéndose a María dijo con enfado:

—Mirá si no tengo razón, si aquí no hay nada qué hacer fuera de rezar y ver llover.

Desconsolada se quedó contemplando, entre remolinos de agua que caían como si el cielo se estuviera disolviendo, una larga fila de casas bajas de paredes pintadas de oscuros y deprimentes colores. No tenían ni un detalle arquitectónico que halagara la vista. Una puerta y cuatro ventanas, una puerta y cuatro ventanas, y así en monótona repetición, parecían una fila de mujeres del pueblo, viejas y feas, en cucullas al borde de un río de barro, de las alas de cuyos pardos y raídos sombreros caían espesas cortinas de agua.

María no replicó, y afanosa se puso a colocar los últimos adornos en sus lugares.

—¡Dejá!—dijo Ysabel un tanto apesurada de su brusquedad con esta niña tan dulce y humilde, por quien tenía verdadero cariño, y comenzó a ayudarla, arreglando y enderezando un manojito

de palmas y de flores artificiales, desconocidas en el reino vegetal, salidas de las entrañas de un confidente que ocupaba el centro matemático de la sala.

Chela cubría las desnudeces de las «Tres Gracias» con camisitas de seda, una rosada, otra amarilla y azul la tercera.

Años después, en tierra extranjera, este recuerdo la haría sonreír, pero ahora lo veía Ysabel como la cosa más natural del mundo. En eso sí estaba de acuerdo con tía Eloísa. ¡Qué horror! ¡Qué indecencia! Dios nos guarde de enseñar desnudeces! ¿Que pensarían las visitas y los capuchinitos?

—Mirá qué corronguera, María—dijo al rato—. Esta figura es la que más me gusta—. Y le mostraba un precioso grupo formado por dos parejas de cortesanos vestidos al estilo de Luis XV, en actitud de bailar el *minuet*. Y siguió:—¡Qué modas más lindas! ¿Por qué será que antes todo era tan pintoresco y ahora todo es tan lúgubre? ¡Qué encanto sería vestirnos ahora de este modo!

—Pero por Dios, qué cosas más disparatadas se te ocurren. ¿Cómo podríamos nosotras andar así? ¡Y menos las señoras! ¿No ves qué trajes más llamativos y que escotes tan atrevidos?

—Sí—murmuró Ysabel volviendo a la realidad—pero por lo menos, ¿por qué no vestirse como en el tiempo de Jesús, con túnicas de alegres colores y vistosos mantos sobre el pelo suelto?

Pensaba que un traje bíblico le vendría a la maravilla. Se había percatado de ello cuando hacía dos años la habían sacado de Samaritana en la procesión del Viernes Santo, en cumplimiento de una promesa.

No recordaba haber visto a las señoras de Cartago vestidas sino de oscuro y con trajes sencillos y modestos.—¿Por qué de una vez no ir vestidas de monjas?—se le ocurría a ella.

En verdad, presintiendo talvez la mayoría de las señoras de Cartago, en esta época cercana al terremoto, su siniestro destino, se sentían impelidas a acercarse mucho a Dios y se sometían con el mayor y más constante celo al cumplimiento de sus mandatos, esforzándose en ser humildes, caritativas y bondadosas. Ocultando fuentes de inmensa ternura bajo un exterior austero, eran implacables hasta con la falta más leve y en grado superlativo consigo mismas. No admitían, salvo pequeñas indulgencias para con la juventud, ningún esparcimiento o diversión.

—¡Sea por Dios!—suspiró Ysabel; y volviendo a acercarse a la ventana se preguntaba: ¿Por qué ahora todo ha de ser feo y por qué cuanto a una le gusta resulta malo? ¿Por qué es todo así ahora? ¿Por qué? Menos mal si papá no fuera tan intransigente, y nos dejara ir a San José siquiera de cuando en cuando, en vez de tenernos encerradas en este horrible cementerio.

Como si su pensamiento lo evocara, por entre

las cortinas vió Ysabel a don Rafael que venía cubriéndose de la lluvia con un gran paraguas, envuelta su larga y flaca figura en una clásica capa española de paño negro. Dejando a María el cuidado de cerrar la sala, y mientras se bajaba las mangas, corrió a recibirlo.

—¡Qué tal, mi hijita!—la saludó besándola con ternura; y al verla tan linda con el áureo cabello alborotado, los grandes ojos verdes, brillantes, y el rostro encendido por el trajín, le dijo disimulando y en son de reprimenda:

—¿Qué es eso, tan sofocada y mechuda?

—Nos cogió tarde arreglando la sala. ¿Se le ha olvidado que hoy es día de encerar? Voy a arreglarme y vuelvo en una carrerita.

*

En el zaguán se cruzó con su madre, quien venía presurosa a saludar a su marido, mientras se amarraba sobre el pecho las puntas de una pañoletita de cachemir de cuadritos negros y blancos y se alisaba el pelo. Al pasar cerca de ella le dijo:—Precísese, mi hijita, no haga esperar a su papá.

Siguió a su esposo al aposento en donde después de besarlo con cariño, corrió solícita al enorme lavatorio de nogal con plancha de mármol jaspeado a verter agua en la gran palangana de porcelana marcada con monograma dorado; le presentó fina tohalla de lino para

que se enjutara sus manos; le alcanzó sucesivamente el Tricófero de Barry, un pañuelo, el Elíxir de Duanne, remedio infalible—según la etiqueta—para el flato, la dispepsia y otros males de la digestión; y luego, siempre presurosa, voló a la cocina a darle un último vistazo a los peroles.

Con razón Eloísa, tan parca en el elogio, era toda encomios para su cuñada:—¡Ah no, si como Margarita no hay!

En ella veía encarnadas sus firmes teorías de que toda dama que mereciera el tan anhelado título de esposa, debería rodear constantemente a su dueño y señor con un nimbo de mimos y halagos.

*

Cuando don Rafael llegó al comedor con su madre del brazo, ya los esperaban las demás señoras de la familia, acompañadas de don Jaime, un cuarentón feo pero simpático, escrupulosamente limpio, con camisa de puños, cuello y pechera engomados como cartón tieso y lustroso.

Disgustado desde el día de su discusión en la finca por la actitud de su hermano, que le había parecido demasiado intransigente y además por su resolución de renunciar, no había vuelto Jaime a poner los pies en esa casa, hasta hacía dos semanas. Cediendo a los ruegos de doña Magdalena se habían reconciliado. Intentaba proponerle de nuevo a don Rafael un arreglo de

acuerdo con una reorganización política con miras hacia el futuro.

Desprovista de todo refinamiento, la mesa estaba cubierta por un blanquísimo mantel. En su centro había un convoy de plata con las salsas, una botella del imprescindible chile, dos saleros, la bandeja del pan y los picheles del agua y de la leche. ✕

En aparadores de puertas de cristal, se guardaban cuidadosamente una vajilla de plata maciza primorosamente labrada, un juego de cristal de Venecia y otro de porcelana de Sévres. Pero estas cosas eran consideradas preciosas reliquias y no se usaban nunca.

No bien se habían sentado a la mesa, empezó Chica, fiel y antigua servidora que había chineado a Ysabel, a servir la abundante y apetitosa comida.

Era Chica el factotum de la casa. La había traído doña Margarita, cuando era una muchacha blanca, hermosa y fuerte, de unos veintidós años, de una finca que tenían por Santa Ana, cerca de la catarata del Brasil, adonde habían ido a pasar una temporada. Instruída desde entonces con severidad y afecto, había llegado a ser el brazo fuerte y el comodín abnegado de la familia.

A Ysabel la recibió al nacer y desde ese momento había sido su fiel admiradora y esclava, lo cual se guardaba muy bien de demos-

trarle, pues harto sabido tenía que para sacar provecho de las niñas, es preciso no engreírlas. Aún ahora, a los dieciséis años, trataba de guiarla disimuladamente—así lo creía al menos—con una sarta de ejemplos que ella llamaba *parbolas*.

Bajita y regordeta, parecía una almohada. Vestía, como todas las de su clase, plegadas enaguas de zaraza floreada. Cubriendo el escote de su alba camisa de manguitas cortas, usaba un pañuelo azul rayado de rojo, cruzado y sostenido sobre el pecho por un simbólico prendedor de oro, en forma de dos manos entrelazadas. Un cintillo angosto de terciopelo negro, del que pendía un relicario de plata, le ceñía el cuello. El pelo, muy alisado y peinado en trenzas arrolladas en un atado, le cubría la nuca. Llevaba los pies desnudos como el día en que nació, restregados diariamente con un olote.

¡Qué atractivas eran entonces las conchitas de Costa Rica! Las jóvenes parecían frescas flores silvestres y las viejecitas siempre tan compuestas y pulcras que daba gusto verlas!

—No sabés, hijito—decía doña Magda a Jaime mientras le daba término a un delicioso picadillo—lo contenta que me siento al ver que ya están de nuevo unidos todos los pedacitos de mi alma. Dios te bendiga porque me has proporcionado esta dicha. Gracias a Dios Nuestro Señor que se dignó oír mis ruegos. Tenía

que ser así después de tantas lágrimas y súplicas. Por algo he sido yo siempre devota de la *Negrita*.

—Pues yo—interrumpió doña Margarita—a quien le he rogado siempre es a Nuestra Señora del Carmen, que es la que me inspira más fe. Mamá nos enseñó a quererla desde chiquiticas.

—¡Ah no!—exclamó Eloísa con énfasis—, como la Virgen de los Dolores no hay; estoy segurísima de que fueron mis promesas las que...

—¡Por Dios!—saltó Jaime, quien se complacía en embromar a las señoras de su familia—: yo debo ser un tonto de capirote, un ignorante cerrado, pues hasta ahora había creído firmemente que había tan sólo una Virgen, Santa Madre de Dios, y ahora viene a resultar que son más que las famosísimas once mil.

—Calláte, Jaime, no digás barbaridades—suplicó Eloísa en voz baja, mientras doña Margarita y María lo miraban enojadas e Ysabel hacía esfuerzos por no reír.

Chica, recostada a la pared, atenta a todo, medio envueltas las manos en su delantal de manta con puntadas de cruz formando su nombre, murmuró para sí: habló el güey y dijo muuu.

Doña Magdalena, que tenía debilidad por este hijo, a quien encontraba tan gracioso, se hizo la sorda y siguió como tal cosa:—Pues sí, la Virgencita de los Angeles me ha hecho este milagro y muchos más... Hoy me mandó

recado Rosa, comunicándome que ella y su prima, la esposa del Presidente de la República, vienen a la Pasada a cumplir la promesa que yo hice por ellos hace como seis meses. Dice Rosa que le trae a la *Negrita* un muñeco de plata, así de grande—exclamó, ponderando la dimensión con las manos—y que se quedarán unos días con nosotros a condición de que después vayan ustedes allá con las niñas a pasar una temporada. Y no me podés decir que no, dijo adelantándose a una posible negativa de don Rafael, ya ellos cedieron y ahora te toca a vos; además, ya es hora de que estas niñas se diviertan al-guito y vean mundo.

—Ay, doña Magda—murmuró doña Margarita—me da mucha pena recordárselo: pero usted ha olvidado que estamos de luto y que las niñas no pueden todavía asistir a diversiones.

—¡Pero mamá!—suplicó Ysabel muy quejumbrosa ante la posibilidad de perder el ansiado paseo—: ¡si ya hace tres meses que murió Lolita y todavía quiere que sigamos llorando!

—No me replique, Ysabel; ¿qué es esa falta de respeto? Ya sabe que aunque sólo era prima tercera, yo quería a Lolita como si hubiera sido una hermana.

Casi llorando, Ysabel bajó la cabeza, cuando de nuevo intervino su tío Jaime.

—No seas ridícula, Margarita—le dijo con énfasis—. Verdaderamente a ustedes, las señoras

de Costa Rica, les place chinear penas hasta lo infinito y sacrificar así a las jóvenes. Solamente aquí se ven esos lutos tan largos y exagerados hasta por el miembro más lejano de la familia. Cuando eras joven opinabas que los lutos de esos tiempos eran bárbaros; ¿por qué te extrañas entonces de que la juventud de ahora piense lo mismo? ¿Te acordás cuando por un luto las enfundaban a ustedes en tapujos de lana negra, de la cabeza a los pies, que no las dejaban mostrar ni la punta de la nariz? Parecían unos adefesios andando por ahí como almas en pena.

—Sí, es verdad, tenés razón—asintió riendo doña Margarita—. Todavía recuerdo la crítica cuando las Solano perdieron a un hermano en París y regresaron a San José con trajes de luto muy distintos de los que se usaban entonces. Llegaron vestidas de raso brillante y zapatos de charol, medias transparentes y sombrero. ¡Qué asombro causaron! Qué te parece: ¡de luto y con sombrero!, comentaban todas las señoras escandalizadas. No se puede negar que ya los lutos se van aliviando.

—Sí—intervino Eloísa con la boca apretada—: ya nadie guarda luto debidamente. Cuando yo era joven sí se hacían bien las cosas: se cubrían los adornos y los retratos y aun las arañas de luz con crespón amarrado con lazos de cinta negra, se ponían cortinas negras en las ventanas y todo se mantenía bien cerrado.

—¡Jesús! ni me digás—repuso doña Margarita—. ¿Te acordás cuando yo vine, recién casada? Nunca se me olvidará ese día. Le fuímos a dar el pésame por la muerte de su padre a las Marín, y como tenían todo en la más profunda oscuridad, vos besaste a Fray Felipe creyendo que era tu tía Carolina con hábito del Carmen.

—¡Ay no, qué bárbara!—repuso Eloísa ruborizada—si no lo besé. ¡Dios me guarde! Fué casi, casi. Lo que sí hiciste vos, Margarita, fué sentarte encima de un señor.

—¡Ydial!—rió doña Margarita—pero fué sin querer porque materialmente no se veía nada.

—Sí, me parece—dijo don Rafael sentenciosamente—que en Costa Rica hacemos un culto del dolor. En todo somos moderados, pero tratándose de lutos nos vamos al extremo, particularmente las mujeres—. Y cambiando la conversación añadió, dirigiéndose a María—: Hija, llama a las sirvientas para rezar rosario, que se hace tarde.

Mientras María cumplía el encargo y los demás iban saliendo en dirección a la capilla, Ysabel se quedó atrás para hablar con Chica.

—Mirá—le preguntó—¿qué pasó anoche que oí decir a Juan, el vaquero, que casi lo matan ustedes de susto con una gritería que armaron a media noche?

—¡Ah confisgao!—respondió muy disgusta-

da Chica—me las va a pagar. ¿Quién mete a ese cucharilla a bentease la lengua? Bien encomendao quedó de que no juera con el cuento.

—Si sólo dijo eso; pero bueno, a mí nada tiene que me contés, andá, decime—le rogó Ysabel—, decime y te regalo una cosa.

—Pus mire, niña, por bida suyita, cuidao ba a decir nada que asuste a la niña Madalénita; pero aquí ba a suceder algo muy malo, si noes qu'en el galerón asustan porquaiy botija. Figúrese que tuiticos los sábados como a la media noche, hay siempre fregorria de bullanga en la trasera del patio. A yo, pa que negalo, me da un miedo que me tapo la cara con la cobijilla y dejo pasar la cosa. Pregúntele a Trino que no me deja mentir, si no le dicho quel, que se cre tan gallo, baya a fisgoniar qués; pero que ba, ese encanijao enútil es un gran naguas, nian se menea.

—Bueno, Chica, date prisa que nos esperan para rezar el rosario.

—Pus bea, niña, serían como las onces cuando me desperté oyendo un arrastrao. Apresitica priendí el culi... bueno, el cabito de candela y bide a Chela enbuelta en una cobija y parada en medio cuarto. Ya sabe que dende el jueves que se jué Rosenda a dormir ajuera, la niña Eloisita la metió conmigo. ¿Pus quera? Que tenía una friega en la rabadilla, quesque se le requinta de noche, yiba a trer la medecina...

—Será un biento colao—le dije—. Acostáte, que te bas impiorar cogiendo aigres, y ba la tonta hija de mi mama p'al fogón a calentar la enjundia con güitite pa flotala y ¡ay, niña Ysabelita, ni pa qué juí! Por éstas... (y hacía una cruz con el índice y el pulgar, que besaba repetidas veces). Por éstas, que enainas me las mando abrir del susto. Me se enroyó la lengua, me quedé dunda, por poquitos me pasa una contingencia, casi me...

—Por Dios, Chica, dejáte de tantos enredos y decí por fin qué fué—le mandó Ysabel con impaciencia.

—¡Ydiai, niña, si nian me deja prennunciar! Por éstas... (y de nuevo empezaba a hacer cruces) que como bela a usted bí la pobrecilla ánima, que segurito anda en pena. Altota asina (decía estirando un brazo bien en alto). Tuitica hecha un rollo en un chuica blanco. Los quedamos lelas, biéndolos y'endispués se metió en el cuarto de la leña. Me bino un sudor jelao y'esgañitándome como un cuilo, me tiré al suelo en cruz. Chela bino en carrera y me fricionó con guaro. Remanecí en un temblor y'entuavía no güelvo.

—¿Hombré, Chica—la interrumpió con sorna Jaime, que medio escondido tras la hoja de la puerta se había quedado escuchando—: ¿te fijaste si el aparecido usaba zapatos de becerro de ese amarillo rabioso que usan ahorá los estudiantes del Liceo?

Chela entraba en ese momento diciendo:

—¿Niña Ysabelita, qu'en qu'están?

E iba a continuar, pero al oír al tío Jaime, sin terminar la frase y roja como una chira, salió corriendo como alma que lleva el diablo.

*

Estaba bien entrada la estación lluviosa. No obstante, había dispuesto Dios que ese día luciera un brillante sol. Comenzaba el veranillo de San Juan. Pajarillos tornasolados, azules y amarillos, revoloteaban placenteros internándose en parejas entre el húmedo y tupido follaje de los árboles que sombreaban el jardín.

De una tazona de piedra colocada en el centro del jardín, colmada de lirios morados, bajo cuyas anchas y rociadas hojas jugueteaban pececillos rojos, corría el agua con suave rumor. Rosas esplendentes de corolas de nieve o carmín ostentaban su majestad en medio de su corte de azucenas, heliotropos, jazmines y fucsias, y a sus pies se veían como humildes esclavas apretados manojos de fragantes violetas.

El jardín no había sido dispuesto con arte, pero no por eso le faltaba encanto, pues era un precioso y natural conjunto de flores que crecían casi sin cuidado en generosa profusión. Por un lado lo cerraba elevada tapia, verde y musgosa como la fuente, rematada por mazos de guarías moradas. Regalos todos de esta tierra

fecunda que parecía querer ocultar con su generosidad los ímpetus destructores escondidos en sus entrañas.

Meciéndose con fuerza en su elevada percha la lora de la casa disfrutaba también de la tibia y luminosa tarde. Colgando con la cabeza hacia abajo, se reía a carcajadas o cantaba «El Corazón Santo» estrepitosamente, mientras a cada vaivén regaba el agua y la comida puestas en sendas latitas clavadas en los extremos del palo de escoba que, suspendido de unos cordeles bien protegidos del vandalismo de su pico, por unas botellas de vidrio verde, le servía de vivienda.

Sentadas en una antigua banca de madera labrada, Ysabel y María se ocupaban en hacer unas diminutas camisitas de finas telas de seda de diversos colores, cosiéndolas y bordándolas con primor. Con ellas se vestiría a la milagrosa imagen de la Virgen de los Angeles, patrona de Costa Rica, venerada en lujoso altar en la iglesia de su mismo nombre, edificada según la leyenda en el mismo lugar y sobre la piedra en que fué encontrada la Virgencita por la humilde mulata de la Puebla de los Pardos; que recogía leña por aquellos alrededores.

En una mecedora de petatillo, doña Magdalena se mecía acompasadamente. Canturreaba con voz débil y temblorosa «Las Golondrinas» de Becquer, mientras revolvía en el huacal que tenía en su regazo, una mezcla negruzca que

utilizaba para hacer cigarrillos. Colocaba unas briznitas de esta mezcla dentro de una boleta de papel amarillo que arrollaba cuidadosamente doblando después los extremos para conservar el contenido.

¡Viejitas inolvidables de antaño, casi santas, con qué fruición y deleite de chiquillas traviesas elaboraban estos cigarrillos y se entretenían fumándolos!

Con frecuencia le decía su hijo Jaime:—¿Pero mamita, si ha de fumar, porqué fuma esas basuras?—Y ofreciéndole su cajetilla de cigarrillos, añadía:—¡Tome uno de los míos y deje ese menjurje envuelto en resmas de papel!

—¡Adió mi hijito! déjate de cosas—le contestaba ella entonces—si esos tuyos no los resisto de puro fuertes! ¡Mirá! no hay nada igual a la mezcla que hacen las Muñoz, bien picadita, que da gusto. Iztepeque purísimo, curado con guaro de contrabando del bueno de Nicoya, con miel de dulce, y me consta que le ponen hojas de higo bien secas, canela, clavo y ciruelas pasas, porque yo mismita se los mando.

—¡Qué horror, mamita... qué barbaridad... no siga; eso no es fumar, eso es chupar melcochas!

Aprovechando una pausa en el monótono cantar de su abuelita, María le preguntó:—¿Es cierto, mamita, que una vez se robaron a la Virgen de los Angeles?

—Sí, así sucedió—contestó doña Magda—pero yo nunca he sido de la opinión de que fuera la verdadera, sino la otra, la Peregrina. Siempre he sostenido que...

—¡Mamita!—interrumpió Ysabel con vivacidad—: ¿por qué no nos empeñamos y el año entrante hacemos una procesión de la Pasada, imponente de verdad?

—Ysabel, ¿qué es esa malacrianza, por qué me interrumpes?

—Bueno, dispénsame, pero mire, ¿no le parece que en vez de salir en la Pasada tantos conchos feos y sucios, pintarrajeados como mantudos, deberían ir niños decentes de diez a doce años representando indios? Pero algo lucido, semejante a lo de esas láminas tan primorosas del libro que tiene papá sobre la conquista de México, y en vez de tantas viejas desaseadas y mal vestidas—completos adefesios—que fueran muchachas hermosas trajeadas como en el tiempo de Jesús, con bandejas de frutas o cestas de verduras en la cabeza. Se podrían poner en alto, sobre andas bastante grandes para poder formar cuadros interesantes.

—¡Qué imaginación la suya, Ysabel, cómo vuela!—comentó doña Magdalena—; ¿pero no ve, mi hijita, que no se le puede quitar a esa pobre gente el gusto de salir en la fiesta de la Pasada, pues con ello creen sinceramente honrar a Dios y a su Santa Madre?

—¡Qué pesadez!—exclamó Ysabel empezando a enojarse, como le ocurría siempre que la contrariaban—. Bueno, pues que sigan como hasta ahora, pero hagamos además algo artístico, magnífico. Mire, yo me pondría mi traje de Verónica, pero haciendo esta vez de Magdalena, arrodillada al pie de la Cruz, con el pelo suelto cubriéndome la cara. Iría en andas y al pasar frente a la Virgen, representaría una escena de profundo arrepentimiento, en la cual me arrancaría los brazaletes y los collares de perlas y cuentas de colores y los tiraría a los pies de la Santa Imagen. ¿No le parece que me quedaría soñado?

—Ysabel, por Dios, no diga tanto disparate—le contestó su abuela—. Ya salió su afán de exhibición. ¿No se da cuenta, mi encantito, de que usted está muy crecida para salir en público haciendo comiquerías? ¿No ve que ya usted es una mujer seria, hecha y derecha? ¿Qué dirían las gentes si se lo permitiéramos?

Arrellanada en su poltrona se disponía a continuar con su acostumbrado regañito a propósito de la excesiva tendencia de Ysabel a las vanidades, cuando llegó Trino, casi sin resuello.

—¡Niña Madalenita, que ya por fin soy tata! Quiora sí que le cumplo sus pedimentos que miasía dende que Endalecia estaba concertada aquí pa que me arrejuntara con ella y los echaran la bendición como Dios manda. Orita mesmo bino ña Remigia, su mama, con el recaó.

—Bueno, Trino, esperáte un momento—le respondió doña Magdalena; y dirigiéndose a sus nietas, agregó—: Ysabel, le ruego que me aliste la cama. Y usted, mi hijita—le indicó a María—vaya a arreglarme la bandeja con el primer y esmero de siempre. Me siento cansadilla, voy a recogerme temprano y a comer en mi aposento.

Esperó que se fueran sus nietas para decirle a Trino:—¿Qué es todo ese enredo que te traés? ¿No me decías vos mismo ayer que estabas peleado con Indalecia desde que ella se fué de aquí para Tres Ríos y que no la habías vuelto a ver? Mirá, de eso háce por lo menos once meses y...

—Pus sí—respondió Trino viendo para el suelo, mientras con el dedo gordo del pie derecho trataba de abrir un agujero en la juntura de dos ladrillos del piso del corredor—: pus no be, niña, como pa Dios y la Birgen no hay imposibles. Pus por eso la bía dejao, pus por enútil. Dice ña Remigia que jué con el cardo santo amarillo y con una promesa. ¡Y biera, lo que dice ña Remigia también!; que como ñor Jacinto, el patrón, está tan contento con la cuchara de Endalecia, dice que con tal que siga el oficio, pus que le regala un rancho con todo y cerquillo. ¡Bea qué suerte más riata!

Doña Magdalena lo oía atónita. Iba a hacerle algunas observaciones, pero pensándolo

mejor, resolvió felicitarlo calurosamente y lo mandó a atender a ña Remigia. Ya se iba, cuando lo llamó para decirle:

—Volvé temprano para que vayás a llevarle recado a ñor José. Es hora de ir pensando en el portal de este año. Ya sabés que él es muy despacioso y le gusta trabajar con tiempo.

*

Se quedó pensando en su portal de nochebuena. Aparte de ver felices a sus hijos y nietos, no tenía otra ilusión. Tres meses antes empezaban los preparativos con la ayuda de nor José, un verdadero experto en la materia. Era famoso en Costa Rica este magnífico portal de movimiento. Hasta de San José venían gentes a verlo. Doña Magdalena sentía gran complacencia con esto y se pasaba a veces horas enteras ideando cosas nuevas que agregarle. Ahora, mientras cabeceaba meciéndose, lo contemplaba con la imaginación.

—¡Qué preciosura es mi portal!—se decía extasiada, viendo correr un río que se desliza como una cinta de plata y cae formando una cascada. Dos veleros surcan veloces las ondas de un lago, en que se reflejan los montes de su derredor con sus laderas sembradas de pinos y sus cumbres cubiertas de nieve. A su lado una caravana cruza el desierto, se balancean los viajeros sobre los lomos de los camellos y al

impulso de cálida brisa ondulan sus largos ropajes blancos. En la margen opuesta del río, al lado de humildes ranchitos de paja, ordeñan las vacas hermosas vaqueras suizas. Sus compañeros, unos pálidos gitanos con pañuelos rojos amarrados a la cabeza y argollas en las orejas, cargan las carretas tiradas por bueyes, hechura del país, que luego van desfilando hacia el camino de la montaña con interminables chirridos. En humilde pesebre, tendido sobre paja, yace el bello y sonrosado Niño con las manecitas extendidas y una celestial sonrisa que ilumina sus divinos ojos, sombreados por crespas pestañas. Una aureola resplandeciente, un medio sol de oro, hace marco a su cabellera suave y ensortijada. A su alrededor se agrupan sus padres. Los pastores semi cubiertos con pieles de oveja, aparecen en silenciosa contemplación, mientras a su lado pasa trepidante un rápido tren de locomotora roja que emerge de la boca de un túnel y corre hacia un pueblecito de indios de Guatemala, que insensibles ante el peligro de morir triturados, continúan tranquilos fabricando docenas de ollitas de barro pintadas de colores chillones...

—¡Qué encanto de portal!—soñaba, cuando de pronto se quedó horrorizada.

El tren desbocado corría por el portal desahaciendo praderas y sembrados, derribando árboles, arrasando pueblecitos enteros, destruyén-